

Publicado en: El lenguaje en los medios de comunicación, Madrid: Escuela Oficial de Periodismo, 1970

## Algunos problemas de información de la población española

**D**ESPUES de seis años dedicado al estudio sistemático de la opinión pública española me sigue sorprendiendo, como el primer día, el hecho patente de que sólo una minoría de nuestros compatriotas opina sobre cuestiones que podríamos considerar de interés nacional, es decir, cuestiones que realmente nos afectan a todos o, al menos, así lo parecen. Cuando hago una afirmación de este tipo, suelo descubrir en el auditorio que me escucha alguna que otra sonrisa más o menos maliciosa, algún que otro fruncimiento de cejas. Ahora bien, esto parece ser una realidad, pero es una realidad que tiene que ser explicada, pues de otra forma se prestaría a muy diversos comentarios sobre mi condición de investigador social.

Ustedes, como yo, pertenecen a una pequeña minoría de nuestra sociedad que consume gran cantidad de información, que pasa el día comentando esa información con otros colegas, y que, por tanto, nos lleva a tener opiniones, más o menos fundamentadas, más o menos dispares, sobre gran número de sucesos nacionales o internacionales, desde las guerras de Biafra o Vietnam hasta la Ley de Asociaciones o los trasplantes de corazón, desde el viaje de Rockefeller por Hispanoamérica o los intentos de Rumor por formar nuevo gobierno o los presupuestos del Estado o las "conversaciones" de Salvador Paniker. Y por eso a todos nosotros nos sorprende saber que un 51 por 100 de los cabezas de familia españoles no saben mencionar cuáles son los dos problemas más importantes que tiene España en estos momentos (1), o que más de un 75 por 100 de los españoles que tienen entre quince y cuarenta años no pueden precisar si determinados países europeos pertenecen a la OTAN, al Pacto de Varsovia o a ninguna de estas dos alianzas militares (2).

En realidad, el problema de la aparente falta de opiniones se presenta en todos los grupos de la población variando según el tipo de temas planteados y según las características socio-económicas del individuo. Por ejemplo, en una de las últimas encuestas realizadas por el IOP, la encuesta sobre la juventud española, hecha en colaboración con el Instituto de la Juventud, podemos descubrir con asombro que un 39 por 100 de los es-

(1) Cf., *Revista Española de la Opinión Pública*, Encuesta sobre Cuestiones Políticas, núm. 9, julio-septiembre, 1967.

(2) Cf., *Revista Española de la Opinión Pública*, Encuesta sobre Imágenes del Mundo en el año 2000, núm. 13, julio-septiembre, 1968.

pañoles entre quince y veintinueve años no dan su opinión respecto a cuál sería la forma apropiada para la estructura de la sociedad en su aspecto económico, un 31 por 100 no sabrían indicar cuál es el papel que debe jugar el Estado en la economía y un 20 por 100 no sabrían decir si la sociedad española les parece justa o injusta (3).

Evidentemente, cuando uno se enfrenta con esta realidad, busca algunas posibles explicaciones del fenómeno. Algunos lo explicarían en base a cierta suspicacia de la población, que, insegura respecto a si pueden o no opinar, prefieren guardarse sus "pareceres" en lugar de "contrastarlos". Teniendo en cuenta que las preguntas que el IOP hace se refieren a temas que han sido ampliamente discutidos por la prensa y que son temas de conversación en determinados ambientes, esta explicación puede ser *parte*, pero no *toda* la explicación.

Martín Martínez, en un interesante trabajo sobre las personas que no opinan en las encuestas, ha podido señalar que, efectivamente, la falta de opiniones varía según los temas de la encuesta, siendo mayor en los casos de preguntas sobre temas políticos (4). Por otra parte, señala que la ausencia de opiniones es mayor entre las mujeres, las personas de más edad, los que tienen un bajo nivel de estudios, los que tienen ocupaciones manuales, los que tienen menores ingresos y los que viven en localidades más pequeñas. Pero, además, observa asimismo que las personas que no ven la TV. o no escuchan la radio suelen opinar menos que los que sí ven la TV. o escuchan la radio.

Y son estos dos últimos aspectos los que aquí me interesan. Pues, aun reconociendo la posibilidad de que parte de la falta de opinión pueda ser en realidad una ocultación intencionada de opiniones existentes que no se quieren explicitar a causa de ciertos temores, parece plausible pensar que también debe ser importante el hecho de que la población, y especialmente determinados grupos de la población, no está informada suficientemente (por insuficiencia misma de la información o por falta de interés en adquirir dicha información) (5).

Daniel Katz, por ejemplo, ha observado que si la gente carece de un conocimiento mínimo de ciertas cuestiones, sus respuestas a las preguntas de una encuesta serán función de otros elementos (6). Converse también se ha referido a la falta de información del público norteamericano (7). Y yo mismo pude comprobar esta falta de información de nuestro país en varios trabajos. Así, utilizando datos procedentes de una encuesta sobre

---

(3) Cf., *Revista Española de la Opinión Pública*, núm. 15, enero-marzo, 1969.

(4) J. L. Martín Martínez, "Ensayo de tipificación de los "sin opinión", *Revista Española de la Opinión Pública* núm. 14, octubre-diciembre 1968.

(5) No voy a entrar aquí en el análisis de la estructura de nuestros medios de comunicación de masas ni en las audiencias de cada uno de ellos, labor que ha realizado muy competentemente el profesor González Seara en su libro *Opinión pública y medios de comunicación de masas*. Ariel, Barcelona, 1968.

(6) D. Katz, "Three Criteria: Knowledge, Conviction and Significance", en B. Berelson y M. Janovitz, *Public Opinion and Communication*, The Free Press, Glencoe, III, 1953, pág. 52.

(7) Ph. E. Converse, "Nouvelles dimensions de la significativité des réponses dans les sondages sur les opinions politiques", *Revue Internationale des Sciences Sociales*, UNESCO, París, núm. 1, 1964, pág. 21.

política internacional, pude observar que entre los madrileños de más de dieciocho años, un 86 por 100 no sabían que Breznev y Kosiguin habían sucedido a Jruschov en el liderato de la política soviética, un 55 por 100 desconocía que las elecciones norteamericanas de 1964 habían sido ganadas por el partido demócrata y un 64 por 100 desconocía la victoria de los laboristas en Inglaterra en esas mismas fechas. Resumía mis conclusiones de entonces señalando que las variables que más influían sobre el conocimiento de la política internacional eran la ocupación, el nivel de estudios y el nivel de ingresos, y que, de entre ellos, "el nivel de estudios es posiblemente el factor más importante" (8).

En un trabajo posterior construí un índice del grado de información, observando nuevamente que "las diferencias por estado civil y edad parecen menos significativas que por ocupación, nivel de estudios y nivel de ingresos mensuales (9), y apuntaba ya la relación entre información y opinión, en el sentido de que sólo los informados opinan generalmente, aunque ello no signifique, ni mucho menos, que toda persona informada opine.

Pero estos hallazgos descriptivos, aunque pudiesen ser relativamente interesantes, estaban aún faltos de un marco teórico de referencia en el que ser encuadrados y a partir del cual poder formular otras nuevas hipótesis. Fué al poco tiempo cuando, con motivo de un viaje a Amsterdam en representación del IOP, tuve ocasión de escuchar al profesor Galtung, director del Instituto para Investigaciones sobre la Paz, de Oslo, una curiosa conferencia respecto a las posibilidades lógico-analíticas de una teoría sobre la formación de actitudes y opiniones, en base a una concepción concéntrica de la sociedad y a un peculiar índice de posición social (10).

De acuerdo con este modelo teórico, que ya he expuesto en otras ocasiones (11), se pueden reconocer en la sociedad una serie de "posiciones" que están mejor recompensadas (no sólo en el sentido económico, sino de participación, status, prestigio, poder, etc.), mientras que otras "posiciones" están menos recompensadas. Las primeras constituirían el centro, mientras que las segundas constituirían la "periferia" de la sociedad. Dentro del centro, por otra parte, se podría distinguir un grupo de posiciones especialmente recompensadas, que podría denominarse como "núcleo de toma de decisiones", y en la periferia se podría también diferenciar un grupo de

---

(8) J. Díez Nicolás, "El conocimiento de la política internacional en una gran ciudad española", *Revista Española de la Opinión Pública*, núm. 0, abril, 1965, páginas 3-29.

(9) J. Díez Nicolás, "Grado de información y opiniones sobre política internacional", *Revista del Instituto de Ciencias Sociales*, Barcelona, 1965, págs. 123-138.

(10) Cf. J. Galtung, "Foreign Policy Opinion as a Function of Social Position", *Journal of Peace Research*, 3-4, 1964; "Public Opinion and the Economics of Disarmament", comunicación presentada en la Internacional Conference on the Economic Aspects of World Disarmament and Interdependence, Oslo, 1965; "A structural theory of aggression", *Journal of Peace Research*, 2, 1964; "Attitudes toward different forms of disarmament", PRIO, 11-4, Oslo; "Popular inspections of disarmament proces", PRIO, 11-5, Oslo; N. H. Hall, "Social Position and Foreign Policy Attitudes", *Journal of Peace Research*, 1, 1966, y J. Galtung, *Teoría y métodos de la investigación social*, Editorial Universitaria, Buenos Aires, 1966.

(11) J. Díez Nicolás, "Posición social y opinión pública", *Anales de Sociología*, número 2, Barcelona, 1966; "Social position and attitudes toward domestic issues in Spain", *Polls*, vol. III, núm. 2, Amsterdam, invierno 1967.

posiciones extremadamente carentes de cualquier tipo de recomensas, "la extrema periferia".

Siguiendo a Galtung, parece que las diferencias principales entre centro y periferia se refieren especialmente al grado y forma de participación social, el grado de información y el grado de opinión. Así, "1) el centro tiene un alto grado de *participación social* que manifiesta a través de comunicaciones secundarias (asociaciones) y terciarias (medios de comunicación de masas), mientras que la periferia tiene un bajo nivel de participación, que realiza generalmente a través de comunicaciones primarias (especialmente interpersonales, como las conversaciones); 2) el centro tiene un alto grado de *conocimiento* (información), especialmente sobre las directrices (*policies*), mientras que la periferia tiene un nivel de conocimiento bajo y, sobre todo, no de las directrices; 3) y, finalmente, el centro tiene un alto grado de *opinión*, sobre todo respecto a las directrices, mientras que la periferia apenas tiene opiniones" (12).

El centro ocupa así una posición dominante en el sistema social y, puesto que tiene acceso y controla los medios de comunicación, al mismo tiempo que tiene algo que comunicar (información y opiniones), es lógico que el proceso de comunicación se dé fundamentalmente del centro a la periferia de la sociedad (13).

Lo anterior se puede poner así en relación con la teoría que explica la formación y el cambio de actitudes, pues, para que exista una actitud (evaluación) hacia un objeto, es preciso que primeramente exista conocimiento (información) sobre dicho objeto, aunque este conocimiento sea incompleto, e incluso erróneo. El proceso de formación de actitudes discurriría así desde la carencia de conocimiento (información) y, por tanto, de actitudes (opiniones) a la adquisición de conocimientos, y, finalmente, después de una reflexión y contraste entre diversos conocimientos o informaciones, a la formación de una evaluación u opinión sobre el objeto. Pues bien, como he podido comprobar para España la extrema periferia social se encuentra en esa situación de carencia de conocimientos y de opiniones, mientras que el núcleo central posee conocimientos y opiniones (que, evidentemente, intenta transmitir hacia la periferia) (14).

Este proceso de comunicación del centro a la periferia significa que toda idea nueva, surja en el centro o en la periferia, tiene que ser adoptada por el centro (o por alguno de los grupos componentes del centro) para que éste le dé relevancia social difundiéndola hacia la periferia. Por tanto, no se excluye la posibilidad de que ciertos movimientos sociales surjan en la periferia, lo que afirmo es que, para que adquieran auténtica impor-

---

(12) J. Díez Nicolás, "Posición social...", *op. cit.*, pág. 64.

(13) J. Galtung, "Foreign Policy Opinion...", *op. cit.*, págs. 208.

(14) ¿No es suficientemente expresivo el hecho de que en una encuesta realizada al poco tiempo de la devaluación, el 46 por 100 de la población mayor de dieciocho años no se hubiese enterado de este acontecimiento, que el 52 por 100 desconociese las razones de la devaluación, que el 51 por 100 afirmase no saber qué perseguía el Gobierno con esta acción, que el 61 por 100 no pudiese mencionar ni una sola de las medidas concretas que acompañaron a la devaluación y que el 41 por 100 no supiese que en España se había realizado un Primer Plan de Desarrollo? Cf., *Revista Española de la Opinión Pública*. Encuesta sobre Cuestiones de Actualidad, núm. 14, septiembre-diciembre 1968.

tancia en la sociedad, tendrán que tener un respaldo de algún grupo en el centro, pues recordemos que es el centro el que tiene acceso y controla los principales medios de comunicación secundarios y terciarios.

Las principales diferencias entre centro y periferia se pueden, pues, resumir de la siguiente forma:

1. El centro se compone de aquellas posiciones sociales mejor recompensadas, mientras que la periferia está compuesta por las posiciones sociales menos recompensadas.
2. El centro tiene un alto grado de participación social, de conocimientos y de opiniones, mientras que la periferia muestra un grado bajo en esas tres dimensiones.
3. En el proceso de comunicación, el centro es emisor e iniciador, mientras que la periferia es receptora e imitadora.
4. El centro, por sus mayores conocimientos, suele evaluar cualquier objeto social de una manera diferencial, mientras que la periferia tiende a evaluar globalmente. (La periferia suele ser más dogmática, tiende a ver las cosas en términos de blanco y negro, mientras que el centro es más capaz de matizar y descubrir los grises.)
5. El centro suele mostrar una mayor constancia en sus actitudes, consistencia que se aprecia en tres dimensiones: a) entre actitudes, b) entre actitudes y comportamiento, y c) en el tiempo (estabilidad de actitudes).
6. El centro internaliza las nuevas directrices antes de su institucionalización (puesto que es él quien las ha discutido y aceptado antes de transmitir las al resto de la sociedad), mientras que la periferia internaliza estas nuevas directrices después de su institucionalización.
7. El centro, por su mayor orientación evaluativa diferencial, tiende a favorecer un cambio social gradualista, mientras que la periferia prefiere el cambio social absolutista, en el sentido de que cuando quiere un cambio, lo quiere total, rápido e inmediato (contrariamente al centro, que preferirá cambios parciales, lentos y directos).
8. El estilo de pensamiento propio del centro es más inductivo, pragmático y orientado hacia medios, mientras que la periferia tenderá a ser más deductivo, moralista y orientado hacia fines.
9. Por todo ello, la actitud del centro hacia el orden social existente será de aceptación o rechazo parcial (revisiónismo), mientras que la de la periferia tenderá a ser de aceptación o rechazo total (defensa del *status quo* o revolución).
10. Finalmente, por lo que se refiere a la reacción ante los que toman las decisiones, el centro lo hará mediante la discusión a través de las organizaciones existentes o de las redes de comunicación, pero la periferia lo hará mediante la protesta o la apatía, expresada a través de demostraciones *ad hoc* o de la no expresión.

Creo que de esta forma queda claro el importante papel de la información en la configuración de la estructura social y de las relaciones intergrupales dentro de la sociedad. La periferia, ese "pueblo al fondo" del que habla un colega de ustedes y amigo mío, queda efectivamente marginado

y relegado generalmente a recibir la información que el centro le transmite, muchas veces junto con la evaluación de esa información, para evitarle la molestia de "reflexionar" sobre las posibles alternativas. La periferia, como he señalado, puede igualmente defender a ultranza el *status quo* o el cambio total del sistema, según que tenga o no determinadas ideas morales respecto a la cuestión debatida. De aquí que se haya podido observar, sin que exista incongruencia, que la periferia es unas veces ultraconservadora, incluso reaccionaria, y que otras veces sea profunda, radicalmente revolucionaria.

De hecho, y por lo que respecta a este último punto, Galtung ha señalado que "... las revoluciones deberán buscar su apoyo en una combinación de absolutismo por parte de la periferia y absolutismo por parte de una de las élites intelectuales... Es fácil ver también cómo se produce estructuralmente el *revisionismo*; excluyendo a la periferia del proceso de toma de decisiones y dejándole esta tarea a los pragmatistas des-ideologizados... Por esa razón no hay sitio en una democracia operante para los intelectuales con orientación deductiva o ideologizados ni para los planificados globales-; ambos tienen más posibilidades dentro de formas de gobierno más autocráticas y absolutistas, donde el cambio se puede realizar de acuerdo con las reglas del absolutismo" (15).

Para terminar quisiera señalar que en otros trabajos he señalado la utilidad del índice de posición social para España, con resultados análogos a los obtenidos en otros países (Noruega, Polonia, Francia), y específicamente he mostrado amplia evidencia respecto a las diferencias centro-periferia en cuanto a participación social, información, opinión, consistencia entre actitudes, internalización de nuevas directrices, actitudes hacia el cambio social, así como cierta indicación respecto al proceso de transmisión centro-periferia de determinadas cuestiones relativas a nuestra vida nacional.

---

(15) J. Galtung, "Foreign Policy...", *op. cit.*, pág. 213.